



EL PADRENUESTRO (III)

Santificado sea tu nombre...

El nombre de Dios; el nombre del que está más allá de todo nombre porque no es de nuestro mundo; el nombre del innombrable. Pero, ¿cual es el nombre es el de Dios?

Hemos de remontarnos a Egipto, con los israelitas viviendo como esclavos y Moisés, después de haber matado a un egipcio que maltrataba a un israelita, huye a las montañas y mientras pastorea el rebaño de su suegro Jetró, ve la famosa zarza ardiendo que no se consume (Libro del Éxodo, capítulo 3).

Y Dios habla a Moisés y se le presenta como el “Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”, es decir el Dios de sus antepasados, el Dios de su pueblo, el Dios que sacó a Abraham de su tierra y lo llevo a Israel y le dio a su hijo Isaac. Un Dios que llama a Moisés para encomendarle una misión: Librar a su pueblo de la esclavitud de Egipto y conducirlo a la Tierra Prometida. Y cuando Moisés le pregunta su nombre a Dios, éste le responderá con un nombre JHVH, que en nuestras biblias traducimos como Yavhé; un nombre que significa “Yo soy el que soy” porque solo de Dios viene la existencia. Un nombre que aún hoy en día los judíos no osan pronunciar y siempre se refieren a Dios como *El Señor* o *El nombre sobre todo nombre*.

Un nombre que nos ha sido desvelado por Jesucristo. Recordemos la segunda entrega de este curso de formación: Dios es por encima de todo nuestro PADRE. Y ésta era la misión de Cristo como leemos en el versículo 6 del capítulo 17 del Evangelio de San Juan: “Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer para que el amor que Tu me tienes esté en ellos y yo también esté con ellos” (Jn 17, 6)

Un nombre que debe ser reconocido, amado y glorificado en este mundo. Un nombre, el de Dios, que es humillado incluso por sus fieles cuando hacemos decir a Dios lo que nosotros pensamos; cuando permitimos que en este mundo dos terceras partes de sus habitantes malvivan en vez de vivir con dignidad; cuando nos creemos con derecho sobre la vida del no nacido o del que es intelectualmente limitado; cuando en definitiva compartimos a Dios en nuestra vida con el dinero, el placer, el reconocimiento social, el poder etc.

El verdadero fiel sufre en una sociedad como la nuestra; una sociedad alejada de Dios; una sociedad que se olvida de Él y en consecuencia acabará olvidándose de las personas en concreto.

La oración del verdadero fiel es una oración para convertir; para que los corazones de los hombres y mujeres de nuestro tiempo se vuelvan de la parte de Dios, de la justicia, de la verdad y del bien.

El nombre de Dios si es glorificado verdaderamente da frutos en la humanidad: de justicia, de paz, de reconciliación, de igualdad, de fraternidad. Al decir “santificado sea tu nombre” nos comprometemos a amar de todas las maneras posibles a esta humanidad maltrecha y llena de penas.

Porque el otro nombre de Dios que va asociado al de Padre es AMOR. Porque Él ha sido el primero a amarnos con la creación del mundo; porque nos ha seguido amando manifestándose al Pueblo de Israel; porque tanto amó al mundo que envió a su Hijo único Jesucristo que con su muerte y resurrección nos reconcilió con el Padre.



Como María, la Virgen Madre de Dios, que sepamos rezar con sus mismas palabras: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador”*. Ella es la imagen viva de la verdadera cristiana: ella santifica el nombre de Dios con toda su vida: reza y guarda la palabra de Dios; está atenta a las necesidades de los demás (su prima Elisabet o las boda de Caná de Galilea); escucha a su Hijo; está con los que sufren (al pie de la cruz de su hijo) y apoya a la Iglesia acabada de nacer (en el día de Pentecostés).

Mn. Xavier Blanco

PARA REFLEXIONAR Y REZAR

- 1. María santifica el nombre de Dios en el mundo. Lee la oración de María en el primer capítulo del Evangelio de San Lucas del versículo 46 al 55, conocido como el Magníficat. ¿Somos capaces de rezar con las palabras de María? ¿También nuestra vida glorifica a Dios?**
- 2. En esta Cuaresma que hemos empezado, Dios nos llama a convertirnos del todo y dar fruto, santificando su nombre. Hagámoslo como nos decía Jesús en el evangelio del Miércoles de Ceniza: ¿estamos dispuestos a rezar más esta cuaresma? ¿Estamos dispuestos a prescindir de aquello que no necesitamos y dedicarnos a las personas? ¿Estamos dispuestos a dar dinero y tiempo a aquellos que lo necesitan? Pensémoslo.**